

ENTRE LA DISCIPLINA Y LA REBELDÍA: MIRANDA *VERSUS* SANCHO DÁVILA (1936-1938)

JOSÉ ANTONIO PAREJO FERNÁNDEZ

Universidad de Sevilla

joseparejo@us.es

(Recepción: 11-07-2008; Revisión: 06-10-2008; Aceptación: 02-02-2009; Publicación: 04-12-2009)

1. LA VUELTA DEL JEFE Y LA NUEVA FALANGE.—2. MIRANDA: DE SEGUNDÓN A JERARCA.—3. LOS «FÜHRERS» MENORES SE REBELAN.—4. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

Cuando aún se desconocía qué tipo de régimen acabarían imponiendo los sublevados, tuvieron lugar en la Falange andaluza una serie de acontecimientos que acabaron enfrentando a los mandos del periodo republicano con aquellos jefes de segunda fila que, tras el inicio del conflicto, habían ascendido en el escalafón falangista. Llegada la hora de la reestructuración del partido, aquellos jefes se negaron a perder la relevancia y el poder que habían conseguido. Tomando, pues, como línea central las diferencias surgidas entre Dávila y Miranda, analizamos aquí una de las causas que estuvieron detrás de la domesticación definitiva de la Falange.

Palabras Clave: España; siglo XX; fascismo; falange; franquismo.

BETWEEN DISCIPLINE AND REBELLION: MIRANDA *VERSUS* SANCHO DÁVILA (1936-1938)

ABSTRACT

When it was still not known which type of regime the uprising would finally usher in, a set of events occurred in the Andalusian Falange movement that ended up bringing the commanders of the Republican period into conflict with the second-level leaders who, after the conflict had begun, had risen up the Falangist ranks. When the time came to restructure the party, these second-level bosses refused to stand down and give up the

power they had achieved. Taking up the differences between Dávila and Miranda as the central thread, the article analyses one of the causes that lay behind the final domestication of the Falange movement.

Key words: Spain; 20th century; fascism; Falange; Franco-ism.

* * *

Suele ser error común, entre los no historiadores, imaginar a los partidos fascistas históricos como disciplinadas organizaciones monolíticas sometidas a la voz de mando del líder. Nada más alejado de la comprobación empírica: las organizaciones fascistas, ya sea el NSDAP, el PNF italiano o la Legión de San Miguel rumana fueron de una vida tumultuosa en su interior (1). Falange Española, desde sus orígenes, tampoco se libró de tales conflictos y las expulsiones del marqués de la Eliseda, de Ansaldo o de Ramiro Ledesma Ramos durante la República son una clara muestra de esta conflictividad originaria. José Antonio Primo de Rivera (2), Manuel Hedilla, el propio Franco, pasando por los diferentes secretarios generales del Partido Único (3), todas las jerarquías acabaron enfrentándose —antes o después— a las disputas internas de un partido donde las complicaciones estuvieron a la orden del día. Un espíritu combativo, además, que llevó a los falangistas a chocar con todo el mundo: con los militares (4), con cardenales como Segura, con los boinas rojas de la Comunión Tradicionalista, con los gobernadores civiles, cualquiera que entonces hubiera observado la realidad de la retaguardia sublevada habría constatado cualquier cosa menos un reino apacible dedicado a ganar la guerra.

Muchos de aquellos episodios han sido objeto de abundantes y, en muchas ocasiones, valiosos estudios (5). No obstante, aún estamos bastante lejos de

(1) El primer tomo de los diarios completos de Joseph Goebbels (2006), en su versión francesa, son un documento inapreciable como muestra de las feroces rivalidades internas en el nazismo antes de su llegada al poder; luchas que alcanzarían posteriormente su punto álgido en la madrugada del 30 de junio de 1934.

(2) El mejor estudio para seguir cuanto venimos comentando en relación con la figura del líder falangista sigue siendo la biografía de GIL PECHARROMÁN (1996). De obligada consulta igualmente FERRÁN GALLEGÓ (2005).

(3) La bibliografía al respecto es tan abundante que incluso un somero repaso en este trabajo podría convertirse en una tarea ociosa por inabarcable; no obstante, y como botón de muestra, son de obligada consulta las obras de THOMÁS (1999) y (2001); RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (2000); CAZORLA SÁNCHEZ (2000) y, sobre todo, el que sigue siendo el estudio más completo: PAYNE (1997).

(4) El pulso mantenido contra el poder militar y su posterior derrota devino en el sometimiento definitivo de la Falange al dictado de la institución castrense, englobándola así en el grupo de movimientos fascistas que no supieron o no pudieron imponerse al poder militar. Para una visión comparativa de lo sucedido en Rumanía con la Guardia de Hierro cfr. VEIGA, F. (1989). De sumo interés para el caso rumano son los diarios de ELIADE (2001) y SEBASTIÁN (2003), en los que puede seguirse de primera mano la historia del partido fascista rumano.

(5) Aun siendo imposible referir aquí todo lo publicado al respecto en las últimas décadas, sí es necesario reseñar una serie de trabajos aparecidos en los últimos diez años, por cuanto están

completar el retrato de aquella historia. Porque a nadie se le escapa, por ejemplo, las disputas habidas en la Falange durante la República, ni los ríos de tinta que se han vertido acerca de los *Sucesos de Salamanca*, ni los más que abundantes trabajos aparecidos sobre las trifulcas habidas en los gobiernos civiles (6) o los dedicados —como decíamos— a los polémicos y en ocasiones violentos choques surgidos entre falangistas y carlistas. En cambio y por mucho que hayamos avanzado en estos últimos años (7), aún es mucho lo que desconocemos de la Falange (8). Así, sin afrontar realidades como, por ejemplo, las que abordamos en este artículo nos resultará imposible seguir la evolución experimentada por FE-FET de las JONS a partir del 18 de julio y en los meses inmediatamente posteriores al Decreto de Unificación.

Si fundamentales para el futuro de la Falange fueron las consecuencias que se derivaron de la Unificación promulgada el 19 de abril de 1937 (9), no menos importantes, en nuestra opinión, lo fueron aquellas maniobras políticas que, por el control del partido, tuvieron lugar en el seno de una Falange en guerra. Sin tenerlas presentes, sin indagar por qué en una jefatura territorial de la importancia de la andaluza dos íntimos amigos —Sancho Dávila y Joaquín Miranda— acabaron enfrentados, sin seguir el rastro de la pugna que, por el control del

esclareciendo la todavía nebulosa historia de la Falange. Así, gracias a estos estudios de carácter regional y provincial se viene reconstruyendo en los últimos tiempos, desde abajo y desde el detalle, una historia del periodo que aún dista bastante de estar completa. Entre otros, cabría citar los trabajos de CENARRO LAGUNAS (1997); SOUTO (1999); SANZ ALBEROLA (1999); RIVERO (2001); SANZ HOYA (2003) y (2006); COBO ROMERO (2004); GARCÍA RAMOS (2005); COBO ROMERO, ORTEGA LÓPEZ (2005); DEL ARCO (2007).

(6) Para un reciente estado de la cuestión cfr. SANZ HOYA (2008).

(7) Entre los varios balances historiográficos publicados en la última década cabe citar, por su relación con la temática de este artículo, los siguientes: SEVILLANO CALERO (2001): 225-244; RODRÍGUEZ BARREIRA (2006): 153-176; ORTEGA LÓPEZ (2006): 259-278 y especialmente THOMAS (2008): 293-318.

(8) Estamos de acuerdo con Joan María Thomàs cuando, en el reciente y ya referido artículo publicado en *Ayer*, sostiene que «las monografías de ámbito provincial dedicadas íntegramente al estudio del partido único son más escasas que las que lo analizan dentro del conjunto del poder provincial»; así, teniendo en cuenta cuanto acabamos de mencionar y el hecho —no menos importante— de que muchas de ellas no abordan el estudio de esas Falanges en toda su extensión cronológica (por lo que sus conclusiones deberán ser revisadas necesariamente en el futuro) es por lo que aún estamos muy lejos de completar un retrato medianamente nítido de FE/FET de las JONS. Entre los estudios que han tomado a FE/FET de las JONS como objeto de análisis cabría citar, entre otros, los trabajos de LÓPEZ RODRÍGUEZ, BAZ VICENTE (2008): 195-219; DEL ARCO (2007): 237-267; GONZÁLEZ MADRID (2004); CLARA (1999); THOMAS (1994): 34-37; NÚÑEZ SEIXAS (1993): 143-174; PERE CORNELLÀ (1986): 22-27. Por último, también cabría citar en esta relación los trabajos de LÓPEZ VILLATORO (2003); GUERRA PALMERO (2003); CALZADO ALDARIA, TORRES FABRA (1993): 29-40 y MARÍN (1992): 32-39. Para otros trabajos y análisis de muy diversa índole cfr. DÍAZ NIEVA, URIBE LACALLE (2005).

(9) Los movimientos políticos que condujeron finalmente a la promulgación de aquel decreto de unificación fueron de una gran complejidad, por lo que intentar resumirlos aquí sólo arrojaría oscuridad sobre unos hechos bien conocidos por la historiografía. Para los mismos, pues, PAYNE (1997): 404 y ss.

partido, tuvo lugar en la Falange del sur a partir de abril de 1937 es casi imposible rastrear la marcha de una organización política que estaba llamada a convertirse, que desde muy pronto lo fue, en el principal apoyo político del régimen que habría de surgir tras los tres años de trágica guerra civil. Conozcamos, pues, quiénes fueron Dávila y Miranda para asistir al retrato de aquellos conflictos.

1. LA VUELTA DEL JEFE Y LA NUEVA FALANGE

El 24 de mayo de 1937, el diario de la Falange cordobesa, *Azul*, publicaba en primera plana un gran retrato del Jefe Territorial de la Falange de Andalucía con el siguiente pie de foto: «Saludamos a Sancho Dávila, que fue hoy nuestro huésped en Córdoba. En él están sintetizadas las virtudes y lealtades de nuestra hermandad falangista» (10). Era la bienvenida de la Falange al fundador y líder de los falangistas andaluces (11). Aquel día, los lectores comprobaron, además, cómo el periódico no escatimaba espacio para informar acerca de los pormenores que estaba proporcionando la llegada de Dávila a la provincia.

Artículos, fotografías, loas al jefe, recuerdos de sus vínculos con José Antonio Primo de Rivera; como la ocasión lo merecía, desde el diario *Azul* volvieron a recordar lo que en aquellos días se había convertido en un comentario recurrente entre los camisas azules del Sur: los tiempos difíciles, los meses de «persecución y zozobra» en los que Sancho Dávila había hecho frente a «todos los ladridos y acometidas de la jauría desenfadada». Por eso, relataba el autor de aquellas líneas, los falangistas cordobeses habían gritado, «contigo y a tu lado», «¡Por la unión de los que luchan en defensa de la Patria! ¡Por el Caudillo, bandera de todos al amanecer! ¡Por la Victoria deseada y conseguida! ¡Arriba España!» (12). Se apelaba a los valores de la Falange, recordaban al líder ausente de cuya memoria era ahora depositario su primo Sancho Dávila, mencionaban los tiempos difíciles. Era el homenaje que desde aquellas páginas le rendía la Falange cordobesa. No cabe duda, pues, que aquella acogida no pudo ser más cálida. En realidad, todo aquello formaba parte del plan que había trazado Dávila para recuperar su ascendiente perdido en la Falange andaluza (13).

(10) *Azul*, Córdoba, 24-mayo-1937, primera plana.

(11) Así es cómo era considerado Sancho Dávila, no en vano había recibido la orden expresa de José Antonio de organizar el partido en el Sur, orden que posteriormente sería refrendada con un nombramiento oficial como Jefe Territorial de la Falange de Andalucía conservado entre sus papeles personales. Sin embargo, los comienzos de la Falange en el Sur fueron menos ordenados de lo que este nombramiento nos da a entender. Así, y aunque los estudios sobre los primeros tiempos de la Falange en Andalucía aún son muy escasos, cfr. para Almería QUIROSA (1998): 61-75; para Granada y Jaén COBO ROMERO, ORTEGA LÓPEZ (2005): 163-215; para Sevilla LAZO (1998).

(12) Todos los entrecomillados en *Azul*, Córdoba, 24-mayo-1937, «Sancho Dávila en Córdoba», p. 5.

(13) En el Archivo Particular de Sancho Dávila conservado en Madrid, en lo sucesivo A.P.S.D., se conserva una magnífica colección de fotografías donde, entre otras instantáneas, puede vérselo

Un objetivo que debía alcanzarlo cuanto antes, si quería recuperar el tiempo perdido. En efecto, mientras duró su odisea para escapar del Madrid republicano —camuflado bajo un nombre y una imagen que no eran las suyas, provisto de un pasaporte falso proporcionado por la Embajada Cubana y acompañado en todo momento por su joven esposa (14)—, la hasta entonces maltrecha Falange andaluza se había convertido en una organización del todo irreconocible, hasta el punto de que el 24 de septiembre de 1936 —fecha en la que retornó a Sevilla (15)— ni el mismo Dávila pudo reconocerla. Habían pasado sólo dos meses desde que diera comienzo el conflicto, poco tiempo para lo que habría de durar la guerra, pero una eternidad en la evolución del partido.

Pura ebullición, transformación increíble, así es cómo lo retrataba el diario *ABC* desde sus páginas. Estaba en lo cierto, leer el reportaje era lo mismo que acercarse a un cuartel de Falange y ver en él, de aquí para allá a los falangistas, unos que entraban y otros que salían, gentes de todo tipo y toda condición vestidos con la camisa azul remangada, sus dependencias, los pasillos, todo estaba repleto de militantes, muchos de ellos recién inscritos, órdenes dictadas sin cesar, fusiles en mano, desorden, amontonamiento de objetos, camisas azules rendidos al sueño en duros sillones (16). Por todos los territorios del Sur que iban cayendo en manos de los sublevados pasaba lo mismo; hasta el punto que pasadas algunas semanas desde el inicio de las hostilidades, los jefes de aquellas falanges comenzaron a despachar telegramas dirigidos al mando informando sobre la imposibilidad material para atender «a todos los camaradas que vienen o van al frente» (17). Eran tantos los que se estaban afiliando en el Sur de España a la Falange y tantos los que se incorporaban a las banderas falangistas que marchaban a los frentes de batalla que el ajetreo era enorme. La razón de todo aquello: una avalancha de afiliaciones sin precedentes en la historia reciente del país que llevó, durante los dos primeros meses de guerra y en los que habrían de sucederse hasta final de año, a decenas de miles de andaluces hasta las filas de la Falange (18).

realizando aquellas visitas de inspección por los pueblos andaluces, departiendo con los afiliados a la Falange, con los jornaleros, muchos de ellos inscritos también en FE-JONS, paseando con las autoridades por las calles abarrotadas de unos pueblos andaluces cuyos vecinos lo saludaban brazo en alto a su paso, arengando a las masas ante una cruz a los caídos de la Falange, inspeccionando las cocinas de campaña u oteando el horizonte de los frentes de combate mientras seguía atentamente las explicaciones de los subordinados que lo instruían acerca de las operaciones en las que estaban tomando parte los afiliados de la Falange. Todo ellos, puede seguirse en algunas de las fotografías recogidos en PAREJO FERNÁNDEZ (2008a): apéndice fotográfico.

(14) La huída a través del A.P.S.D., carpeta documentos, datos consignados en el pasaporte n.º 372.

(15) El dato en A.P.S.D., carpeta Documentos Varios, *Datos interesados por Julián Pematín. Historial de Sancho Dávila*.

(16) *ABC*, 27-julio-1936.

(17) A.P.S.D., Libro Registro de Salida de Documentos, p. 30, entrada 242, oficio del Jefe Territorial de la Falange de Marruecos, 27-octubre-1936.

(18) Cfr. PAREJO FERNÁNDEZ (2008b): 71-118.

No fue ninguna invención ni, menos aún, una exageración de los jerarcas de la Falange: cuando 1936 tocó a su fin, el resultado de aquella explosión no dejaba lugar a dudas sobre lo que había pasado. Desde el 18 de julio y durante los meses que transcurrieron hasta el final de aquel primer año de guerra, había acudido a los cuarteles falangistas como mínimo el 57,1% de la militancia total que consiguió atraer el falangismo sevillano (19); una cifra que habría de incrementarse un 13,9% más durante los meses de 1937 que siguieron hasta el Decreto de Unificación. Es decir, antes de que la Falange se convirtiera por decreto en el único partido del bando sublevado y antes de que aprovechara aquella ocasión para «absorber» a las otras organizaciones sublevadas contra la República (20), ésta contaba ya con más del 70% de la militancia total que llegaría a

(19) Aportamos aquí los datos de la Falange sevillana, porque ha sido en ésta donde hemos completado el estudio. No obstante, estas cifras y la generalidad que se desprenden de ellas puede y debe extrapolarse al resto de las Falanges del Sur de España, ya que las catas hechas en otras provincias, así como en los documentos de archivos hallados al respecto en distintas partes, así lo atestiguan. Para más detalles cfr. PAREJO FERNÁNDEZ (2008b).

(20) Con la promulgación del Decreto de Unificación Franco buscaba, y de hecho consiguió, crear un partido único que poner al servicio de su causa y controlar así la mirada de organizaciones políticas que se habían alzado contra la República. Aquel decreto, como se comentará a lo largo de estas páginas, acabó generando un enorme descontento y desasosiego ante el futuro en numerosos sectores de la Falange. No obstante, pasados los primeros momentos de incertidumbre, los falangistas comprobaron que la Unificación se había convertido en realidad en una magnífica oportunidad para dominar a las otras organizaciones políticas del bando sublevado, pero muy especialmente a la Comunión Tradicionalista, con la que desde el 18 de julio venía manteniendo una batalla por el predominio político. Tan es así que tras la Unificación se siguió hablando de la Falange, ya que ésta a lo más había añadido una «T» a su ya largo nombre, una bandera con las alas de San Andrés (por lo que a partir de entonces el partido pasó a tener dos), una boina roja (que a la mínima oportunidad se convertía en objeto de mofa por parte de los antiguos falangistas) y poco más; por lo que más que unificación, en buena parte de España (y el Sur es buena prueba de ello), puede hablarse de absorción, incluso violenta, por parte de los falangistas. Es más, cuando la preponderante Falange, incomparablemente más numerosa en afiliados que la Comunión, pasó a encabezar la Unificación, muchos —por no decir la inmensa mayoría de los boinas rojas— acabaron marchándose políticamente a sus casas; caso, por ejemplo, del tradicionalista sevillano Diego Díaz Domínguez, cualquier cosa menos alguien desconocido en la capital hispalense, no sólo por los cargos que había desempeñado en el seno del Partido Único hasta aquel momento (Delegado Provincial de Sanidad; Secretario Provincial del Movimiento; Vocal de la Junta Provincial de Beneficencia; Delegado del «Plato Único»), sino fundamentalmente por su trayectoria carlista anterior. Fue una de las personalidades más destacadas en los ambientes conservadores de Sevilla; tanto que nada más instalarse el Cardenal Segura en el Arzobispado este médico oculista, por aquel entonces miembro ya de la Acción Católica sevillana, se convirtió en uno de los colaboradores más estrechos que el prelado tendría en su diócesis. De una mentalidad política muy conservadora, como lo prueba su militancia política en la Comunión Tradicionalista de Fal Conde, participó en la asonada militar de Sanjurjo y como tal uno de los que fueron a parar a la cárcel durante algunos meses. Pues bien, en 1940 y tras tres años desempeñando cargos de responsabilidad no lo soportó más y las que siguen fueron sus líneas de dimisión: «Querido Amigo: Usando del derecho que me concede el Artículo 10 de los Estatutos de F.E.T. y de las J.O.N.S. he decidido causar baja en el Movimiento, lo que te comunico como Secretario Local del mismo. Como sabes de sobra nunca he sido falangista y mientras más tiempo pasa, menos me encuentro

reunir (21). Miles de falangistas, por tanto, a las órdenes del partido; miles de afiliados, y ésta era la segunda gran novedad que había traído aquella avalancha, cuya gran mayoría provenía de las clases trabajadoras (22), miles de camaradas adscritos a la Primera Línea de la Falange y miles, por consiguiente, luchando en las banderas de la Organización contra la Segunda República. De modo que esto era lo que estaba en juego: el control de la más importante organización política del bando sublevado, cuya jefatura, sin embargo, había estado en el aire durante demasiado tiempo.

dentro del espíritu de la Falange; es pues un deber de lealtad conmigo mismo y con el Partido dejar de pertenecer al mismo materialmente, ya que espiritualmente se puede decir que nunca he pertenecido». La dimisión en Archivo General de la Administración (A.G.A.), Presidencia (P.), Secretaría General del Movimiento (S.G.M.), Delegación Nacional (D.N.) de Provincias, caja 101, carta de Diego Díaz Domínguez, 31-marzo-1940; para las represalias tomadas por la jerarquía de FET, *Ibíd.*, Oficio n.º 6.098 de la Secretaría Provincial de Sevilla, 9-septiembre-1942 y Oficio n.º 3.558 de la Delegación Nacional de Provincias al Jefe Provincial de La Coruña, 16-septiembre-1942, en el que se recomendaba lo siguiente: «Adjunto te envío copias de un oficio y carta que me remite la Jefatura Provincial de Sevilla, por las que podrás apreciar la desaprensiva y cínica actitud del individuo que en ella se alude, quien después de escribir con fecha de 31 de febrero [marzo] de 1940 la carta cuya copia te adjunto, muestra de su deslealtad anterior hacia el Partido, no vacila después en pedir un certificado de su servicio, con el único objeto de que le sirva de apoyo para conseguir una plaza de Catedrático de Oftalmología, cargo que hoy ostenta en la Universidad de Santiago. Creo, que a la lectura de tales hechos no hace falta ordenarte se imponga a tal individuo una severa sanción a nuestro estilo, debiendo darme cuenta de su ejecución y resultados».

(21) En 1940, un recuento hecho en la Falange andaluza arrojó las siguientes cifras: Falange de Sevilla, 88.632 militantes; Falange onubense, 12.494 afiliados; Falange jiennense, 66.783; Falange malagueña, algo menos de 20.000 militantes. Una avalancha que, por supuesto, no fue exclusiva de la Falange sevillana ni tampoco de la andaluza en general, sino algo común a toda España: la Jefatura Provincial de Vizcaya, por ejemplo, fue una de las que informó sobre el enorme crecimiento que en sólo tres meses los hizo pasar de los 6.500 afiliados a los 10.041 que se recogían en aquel parte. Los datos en PAREJO FERNÁNDEZ (2008b): 71-118.

(22) En vísperas de la Unificación, la composición social de la Falange sevillana resultaba ser la siguiente: jornaleros, 33,76%; empleados, 8,66%; obreros, 8,39%; artesanos, 12,72%; comerciantes, 7,3%; labradores, 9,26%; profesionales liberales, 7,36%; funcionarios, 4,44%; propietarios, 1,23%; un 3,2% de hortelanos; unos cuantos estudiantes, 1,52%; molineros como los de Peñaflor; loteros, tres estanqueros, cinco capataces, dos bodegueros y hasta un artista se apuntaron en las falanges de pueblo. Es decir, como cualquier otro partido fascista, la Falange de Sevilla y, por los datos que vamos hallando, la de toda España muerde en todas las clases sociales y mantiene un altísimo porcentaje de clase trabajadora entre sus filas: el 50,81%. Una imagen social que al parecer no era muy diferente de la conseguida por otras Falanges del país, no ya andaluzas sino pertenecientes al norte de España. Así, en León, por ejemplo, una comunicación interna referente al cobro de cuotas a los afiliados reconocía «que en toda la España liberada, pero en la provincia de León especialmente, la situación económica de nuestros afiliados es excepcionalmente precaria, pues aparte de sus siempre modestas posibilidades, esta penuria ha sido aumentada con la guerra. También es digno de tenerse en cuenta que Falange ha arraigado principalmente en las clases bajas de la sociedad, habiendo quedado la gente adinerada al margen de nuestra Organización. Como consecuencia de todo esto, el nivel medio de cuota por afiliado de 2.ª Línea no llega, ni con mucho, a la cantidad de una peseta por mes». El comentario en A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/19.174, Jefatura Provincial de la Falange de León, 27-julio-1937.

La recuperación de la misma se convirtió, por tanto, en la más firme ocupación de Sancho Dávila tras su vuelta a Sevilla, por lo que es en esta coyuntura donde deben inscribirse aquellas visitas, aquellos viajes, aquellas órdenes y aquellas horas de intensa convivencia pasadas junto a los camaradas de la Falange andaluza. Y en ella también donde debemos buscar las tensiones internas que tan influyentes serían para el devenir de la Falange del Sur. Porque, efectivamente, la ausencia de Dávila durante aquel par de meses y su posterior retorno acabó generando en el seno de la organización un conflicto de intereses entre el Jefe Territorial de la Falange andaluza, nombrado por el propio José Antonio durante la República, y aquellos dirigentes provinciales que si bien, sobre el papel, seguían siendo los mismos segundones de la etapa republicana, con los nuevos tiempos habían adquirido un poder, una relevancia política y una preeminencia social que muy pocos estuvieron dispuestos a ceder y, menos aún, a perder. Así que con muchas loas a Dávila, con muchas fotografías de hermandad en las que el fundador seguía siendo el centro de atención y con muchas bienvenidas al líder retornado, cuando éste se dispuso a ejercer las funciones propias de su cargo comenzaron a surgir los problemas. Conozcamos, pues, el nuevo papel que pasaron a desempeñar jerarcas de segunda fila como Joaquín Miranda para hacernos una idea lo más exacta posible de cuánto podían perder falangistas como aquél si la reestructuración de la Organización los devolvía a sus antiguos lugares de partida.

2. MIRANDA: DE SEGUNDÓN A JERARCA

Joaquín Miranda fue uno de los organizadores de la Falange sevillana. Amigo íntimo de Sancho Dávila, su hombre de confianza desde los primeros tiempos, triunfó en la primera Junta de Mando hispalense, numerosas veces multado y encarcelado durante la República, Miranda había sido desde los comienzos uno de los puntales del falangismo sevillano y, por extensión, uno de los falangistas más destacados del sur español. El inicio de la guerra, sin embargo, lo cambió todo. Ya durante los primeros días del conflicto lo vemos al frente de la Falange sevillana; de él parten durante los primeros días las órdenes para reestructurar el hasta entonces maltrecho aspecto de la organización; él, por ejemplo, es quien se está encargando de controlar la marea de afiliaciones que a diario llegaba a las puertas de las Falanges de pueblo. Prueba de la paulatina importancia que fue adquiriendo dentro de la organización fue el hecho de que en julio de 1937 lo tenemos ya ocupando una vocalía en el Secretariado Político de FET de las JONS, es decir, al año de guerra Joaquín Miranda, antiguo ayudante de Dávila, se había convertido en un jerarca de cierta importancia dentro de la estructura nacional del ahora partido único. Desde la Secretaría Política, pues, se dispuso a trabajar para conseguir el lugar que Miranda creía corresponderle a la Falange.

Ahora bien, antes de continuar creemos necesaria una aclaración para encuadrar cuanto habrá de seguir a continuación. Fundamentalmente porque dada la complejidad de las maniobras políticas que desembocaron en el Decreto de Unificación y lo poliédrico a la hora de acercarse a su estudio (23), lo que debe interesarnos aquí es cómo ciertos sectores de la Falange percibieron la orden decretada por Franco el 19 de abril de 1937, cómo algunos intentaron resistirse a lo que consideraron una tragedia para el devenir de la Falange pero, sobre todo en función de lo que a nosotros nos interesa aquí, a qué jerarcas acudieron en busca de ayuda. Sólo así seremos capaces de insertar en esta realidad tan compleja el papel que mandos como Joaquín Miranda pasaron a desempeñar tras las demandas de amparo que comenzaron a llegarle, fundamentalmente de aquellos para los que el 19 de abril de 1937 se había transformado en un día fatídico; el principio del fin, se atrevieron a aventurar los más pesimistas.

La gran pregunta por aquellos días, por tanto, pasó a ser si era verdad lo que muchos comentaban; si, utilizando las palabras de los más agoreros, ¿estaría todo perdido? ¿No habría posibilidades de reconducir la situación? ¿Sería Fernández Cuesta, recién llegado a la zona nacional, el que salvara a la Falange? ¿Podría devolverla al lugar que le correspondía? (24) Sin embargo, mientras unos se lamentaban por la inminente derrota de la Falange y otros aguardaban a que Fernández Cuesta se hiciera con el control del partido para reflotar lo que ya entonces parecía tener sus horas contadas, otros falangistas, no menos fascistas que los anteriores, se negaron a quedarse de brazos cruzados.

De hecho, cuanto venimos comentando pasó a convertirse —junto con la destrucción de la República— en otra batalla más que ganar. Así, perdida la independencia política, quisieron resistirse a la puesta en marcha de lo que entonces fue considerado como uno de los más graves ataques sufridos por la Falange en toda su historia: las nuevas normas de organización de Milicias. Indudablemente todo formaba parte del imparable proceso de domesticación puesto en marcha por el general Franco. Sin embargo, algunos creyeron necesario ofrecer toda la resistencia de la que fueran capaces. Porque de cerrarse el círculo de dominio franquista, la Falange como tal —así es como lo sentían— habría dejado de tener sentido. Ciertamente era que toda la Falange de Primera Línea estaba sometida al fuero militar, eso nadie lo discutía; cierto era que todos los españoles del bando sublevado estaban bajo el código militar, estaban en guerra

(23) En los que, sin embargo, no nos vamos a detener por cuanto acabaría alejándonos del objetivo fundamental que se persigue en este trabajo. No obstante, la cuestión ha sido tratada en extenso en buena parte de la bibliografía anteriormente reseñada.

(24) Fueron muchos los que pensaron que la Organización tenía sus horas contadas. Cfr. Archivo Manuel Giménez Fernández (depositado en la Hemeroteca Municipal de Sevilla), *Apuntes de un camisa vieja sobre la Unificación (IV-1937)*, en los que se narra cuanto referimos. Igualmente se conservan en el Archivo General de la Administración una abundante correspondencia de Fernández Cuesta en la que puede seguirse las esperanzas que despertó entre los falangistas la vuelta del antiguo líder de la Falange. A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/18.970.

y eso tampoco lo cuestionaban; podían admitir, igualmente, que había que ganar la contienda, que las circunstancias eran muy difíciles, pero de ahí a que consideraran a la Falange como una especie de fuerza mercenaria, a la que exigirle obediencia y no concederle ninguna prerrogativa a cambio, mediaba un abismo. O, dicho de otro modo, si eliminaban el control político sobre los militantes, si impedían que los jefes siguieran manteniendo el contacto con los hombres que meses atrás habían acudido a los cuarteles del partido en busca del carné y la camisa azul era casi seguro que aquello iba a suponer un serio ataque contra la continuidad de la organización (25).

Por eso debían reaccionar, bien claro lo expuso Miranda: no podían defraudar a ningún camarada ni quedarse de brazos cruzados mientras les impedían continuar con el adoctrinamiento de los afiliados en un ideal que fue el que «los llevó a coger el fusil» (26), no podían sustraerles aquella misión política que se había quedado a medias por las prisas de la avalancha. Era el momento de volver a recordar —por si alguien lo había olvidado— que ya no estaban en los tiempos de la República ni al frente de una pequeña Falange cuyos problemas pudieran ser medio resueltos sobre la marcha, ahora lo que tenían ante sí era una organización descomunal, con un intruso a su cabeza, nadie lo negaba, pero un partido, a fin de cuentas, con presencia en casi todos los pueblos de la España que iban ocupando las tropas de Franco, que tenía en sus filas a cientos de miles de falangistas que debían ser atendidos, coordinados, pertrechados, con necesidades y problemas, que surgían diariamente y que a diario les exigían soluciones. Los militantes que luchaban en los frentes de batalla, los que veían caer a sus camaradas no entendían si en Salamanca un general había postergado o no al mando nacional, ni siquiera podían imaginarse la ola de pesimismo y dudas sobre el futuro que los atenazaba; muchos estaban arriesgando sus vidas y lo que necesitaban era que los mandos estuvieran en tensión para darles respuesta a los imprevistos que les fueran surgiendo.

Y, sobre todo, estaba la nueva realidad que había creado el Decreto de Unificación. En efecto, por muy poco que les agradara ver a Franco ocupando el lugar que un día le perteneciera a José Antonio, la Unificación había alumbrado a una nueva organización de la que no podían quedarse al margen. Si lo hacían, ninguno de los sacrificios que habían hecho en el pasado habría merecido la pena; si se rendían allí estarían los tradicionalistas, con su monarquía carlista, reaccionaria, con su retorno a los tiempos pretéritos del Antiguo Régimen, para ocupar lo que ellos con su derrotismo les dejaran; unos *hermanos*, los carlistas, con los que una facción de aquella Falange se había querido fu-

(25) A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/18.970, carpeta Documentos y Correspondencia de Joaquín Miranda, vocal del Secretariado Político de FET, escrito dirigido al Secretario de la Junta Política de FET, Salamanca, 14-julio-1937.

(26) A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/18.970, escrito con registro de entrada n.º 2.827 elevado por Joaquín Miranda, Consejero Nacional de FET, al Secretario General de FET sobre «Mutilados de la Guerra de Falange Española Tradicionalista de las JONS, Sevilla, 14-marzo-1938.

sionar (27), pero una organización con unas aspiraciones centenarias, a fin de cuentas, cuyos miembros, a pesar de lo hecho por Franco aquel 19 de abril de 1937, no iban a titubear un solo instante en copar cuantas parcelas de poder les pasaran por delante. Dicho de otro modo, cuanto acabamos de mencionar no era más que la realidad del momento, sumamente compleja, no cabe duda, pero de la que no podían abstraerse. Uno de los que así actuó y a uno de los que acudieron en busca de apoyo para no bajar los brazos fue Joaquín Miranda.

Buena prueba del papel que pasó a desempeñar Miranda fue el escrito dirigido al Secretario de la Junta Política de FET en el que, sin rodeos, le pregunta ¿qué iba a pasar con los mandos falangistas cuando la masa militante comprobara que sus superiores habían sido desprovistos de toda autoridad sobre ella? «El Ejército —decía en aquel escrito el sevillano— tiene su cuerpo de inválidos, que justamente ampara y se ocupa de ellos. El Ejército es un cuerpo forzoso, donde al soldado lo encuadran en las unidades en las que son útiles, con arreglo a unas normas, luchan (no en esta ocasión que es deber de todos los españoles) por imperativo mandato». Pero la Falange no. «La Falange lucha sólo por su propia voluntad, que es más meritorio y de más confianza para España y sus mandos. Los que luchan, camaradas de Falange, nunca pidieron nada, todo lo dieron en sus actos de servicio, ni piden nada, sólo los que la mandamos vemos sus necesidades». ¿Qué iba a pasar, entonces, se preguntaba Joaquín Miranda, con aquellos jóvenes lisiados si se daban por vencidos? ¿Qué iba a ser de ellos cuando sus familias, «que hoy pueden sostenerlos», mañana, «cuando hagan unos años y la guerra» se haya terminado, se vayan desprendiendo de ellos? «Sin calor, sin oficio ni protección harán cuanto sea preciso para vivir. Hoy estamos a tiempo de hacer un cuerpo de inválidos de Falange, protegido por el Estado o que éste les dé cabida a éstos en el cuerpo creado para inválidos del Ejército» (28).

Así era cómo pensaban que había que sacar hacia delante a aquella Falange: proponiendo soluciones allí donde fueran siendo necesarias (29). La documen-

(27) Cfr. PAREJO FERNÁNDEZ (2008a): 145-180.

(28) Todos los entrecomillados en A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/18.970, escrito con registro de entrada n.º 2.827 elevado por Joaquín Miranda, Consejero Nacional de FET, al Secretario General de FET sobre «Mutilados de la Guerra de Falange Española Tradicionalista de las JONS, Sevilla, 14-marzo-1938.

(29) Joaquín Miranda, después de hacer el alegato en aquel escrito dirigido al Secretario General de FET en el que hablaba de los lisiados de la Falange, propuso que el Estado les procurase a los jóvenes heridos un puesto en las distintas administraciones con el objeto de que éstos no les supusiera una pesada carga. «Puede ir colocándolos con toda preferencia en los diferentes Ministerios y Centro oficiales, Diputaciones, Municipios, Universidades, Institutos y Escuelas, donde por necesidad tendrán que admitir guardias municipales, cobradores para los distintos servicios, ordenanzas, porteros y otras muchas ocupaciones más, donde pudieran ir los que no tengan enseñanza o cultura que les permita otra cosa, los que por su mejor preparación, pasando por un examen, se les puede colocar en puestos que seguramente los ocuparan hoy quienes emboscados no hicieron otra cosa que prepararse una buena colocación. Esta obra

tación conservada lo muestra con la suficiente nitidez: el ascenso político de Miranda hacia las altas esferas de FET se vio refrendado por el modo en el que comenzó a ser visto por muchos afiliados. No en vano, al ser percibido como uno de los mandos que aún no se habían dado por vencido, de manera que Joaquín Miranda —el antiguo segundón de Sancho Dávila— acabó convirtiéndose en una de aquellas personalidades a las que muchos acudieron en busca de ayuda para sus reclamaciones. Sigamos.

En una de aquellas cartas que recibió Miranda solicitándole ayuda, éste pudo leer cosas como las siguientes: «Por la Justicia que esperamos y se lucha, se debe buscar otra fórmula que no defraude las esperanzas de los ferroviarios. Por la Patria sí, todo para ella, para egoísmos particulares nada. Arriba España y la nueva Justicia». Aquí estaba la clave. Aquel ferroviario lo podría haber dicho más alto, pero no más claro: los trabajadores como él, fascistas convencidos del ideal de regeneración social y patriótica —propio de todo fascismo— lanzado por la Falange a los cuatro vientos, lo estaban esperando todo de sus mandos, les estaban demandando cambios inmediatos, que se preocuparan por solventar las injusticias que aquel ferroviario anónimo le acababa de exponer con tanta claridad (30). Ferroviarios anónimos como aquel y peticiones de fuerte contenido ideológico como las contenidas en esas palabras entrecomilladas denotaban hasta qué punto Miranda se había convertido en un jerarca de cierto peso, en uno de esos mandos a los que acudir en casos desesperados.

Dicho de otro modo. La nueva y crucial etapa que la Unificación inauguró en la historia de la Falange requirió de los mandos dos cuestiones ineludibles: que nadie se diera por vencido y, sobre todo, unidad de acción con la que afrontar los acontecimientos que estaban por venir. Porque en un tiempo en el que aún no se

puramente de Falange por su espíritu y justicia llevaría la tranquilidad a muchas familias, que sólo ven hoy a muchos de sus seres queridos envueltos en un porvenir de tristeza y miseria». Lo transcrito en *ibídem*.

(30) El entrecomillado pertenece a una carta manuscrita, sin firma, sin lugar de origen, pero fechada el 2-enero-1938. En la esquina superior izquierda hay un membrete en el que puede leerse lo siguiente: «Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España. Explotación». En ella, aparte del entrecomillado que citábamos más arriba, le pedía a Miranda ayuda ante las interminables horas de trabajo que se había fijado por decreto para los trabajadores de los ferrocarriles. El anónimo ferroviario también manifestaba en su escrito pensamientos como los siguientes: «[...] Si esto fuera en beneficio de la Patria bien está y todo es poco, pero no es así, es en beneficio del capital que quiere seguir viviendo como antes, sin límites en sus utilidades, y por conservar los muchos altos cargos que en las Compañías de ferrocarriles existen y con grandes sueldos que perjudican a los obreros que en trenes y entre vagones expuestos a cada momento a dejar un miembro se les paga con 5,80 pts. [...] Camarada Miranda, la Justicia por la cual se lucha no es esa, de no ser por la necesidad de la Patria no se deben hacer 12 horas de jornada y de ser así, se extienda a todos, a todos los gremios, pues todos estamos obligados a levantar a la Patria tan querida; establecer diferencias es injusto y tengamos presente las palabras del Caudillo que no se restará ninguna mejora concedida al obrero, y no crea el capitalista que este movimiento es para su lucro personal, se hará para armonizar intereses sociales». A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/18.970.

sabía qué acabaría triunfando (31), si el modelo fascista de la Falange, si el régimen propugnado por la derecha autoritaria o la vuelta al Antiguo Régimen implícita en el mensaje de la derecha reaccionaria carlista, cualquier determinación que hubieran tomado aquellos falangistas distinta a esa hermandad podía convertirse en un paso hacia el abismo que aquel decreto de unificación forzosa había destapado. Hora es, por tanto, de que veamos de cerca cómo afrontaron Sancho Dávila y Joaquín Miranda el reto que los nuevos tiempos les había deparado.

3. LOS «FÜHRERS» MENORES SE REBELAN

La Falange, se lo repetían constantemente a los afiliados, era jerarquía, orden y mando, unos disponen y otros obedecen, tal y como correspondía al dogma de cualquier partido fascista; así se lo decían el día que se inscribían en el partido y así se lo recordaban a cada momento; lo mínimo que esperaban de los falangistas, ahora que la organización se encontraba en guerra afrontando sus horas más cruciales, era que todos respetaran la cadena jerárquica. Sin embargo, jefes como Miranda fueron incapaces de mantenerse al margen de prácticas como aquéllas; entre otras cosas porque, a pesar de la cantinela de orden y obediencia tantas veces reiteradas, en la Falange muy pocos llegaron a asumir que había que obedecer al inmediato superior como en la Italia fascista se exigía que obedecieran al duce Mussolini.

Por eso, cuando la pedagogía fracasa y la propaganda es desoída no es de extrañar que en las oficinas del Secretariado Político de FET en Salamanca recibieran escritos como el siguiente, inserto en la polémica mantenida con los carlistas durante el proceso de unificación: «No estando dispuesto a seguir consintiendo que los escritos, redactados por mí y que se refieren a antiguos asuntos de F.E. relacionados con mi misión dentro de este comité de Integración, lleven solamente el sello creado por esta Administración en el que figura otro emblema distinto al yugo y flechas, te comunico mis deseos de ser sustituido en el cargo cuyo desempeño me encomendaste. Si en Falange se admitieran las dimisiones, en estos momentos presentaría la mía con carácter irrevocable, no siendo así me limito a transmitirte mis deseos en la seguridad que los atenderás» (32). Esto es lo que nos interesa: la incapacidad del mando para poner fin a las clásicas luchas internas de la Falange.

O lo que es lo mismo, por mucho que las tensiones originadas en el proceso de unificación generaran escritos como el que acabamos de reproducir líneas

(31) Aunque la preponderancia del Ejército era ya por entonces clara, aún no se había configurado el régimen político que habría de surgir tras tres años de guerra.

(32) A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/18.970, oficio de J. Ibáñez, Delegado Nacional de Administración a Ladislao López Bassa, Secretario del Secretariado Político de FET, Salamanca, 8-julio-1937.

atrás o, incluso, por más que surgieran en las semanas y meses inmediatamente posteriores al Decreto de Unificación movimientos de oposición por parte de los antiguos carlistas contra las nuevas autoridades del partido único (33) (perfectamente entendibles en el marco de la lucha que por el control del partido se desencadenó en los tiempos de la Unificación), lo que verdaderamente podía marcar el rumbo de la nueva Falange, en un sentido u otro, iba a ser la actitud de los mandos ante la obediencia debida y exigida. Porque, aun teniendo en cuenta que en España era el Ejército quien se había hecho con el control de la situación en el bando sublevado y aun siendo verdad —porque la ventaja del paso del tiempo así lo muestra— que los militares, con el general Franco a la cabeza, acabarían haciéndose dueños de la situación, no iba a ser lo mismo —en ese proceso de construcción de la dictadura que aún estaba por completarse— una Falange desunida que otra cohesionada en torno a unas jerarquías con unos objetivos que conseguir perfectamente claros.

En cambio, lo que muestran las fuentes es que sucedió más bien todo lo contrario. Desde sus orígenes los falangistas habían abjurado de las prácticas partidistas propias de todo partido político: la *politiquería* la llamaban. Y desde el principio, pues, se juramentaron para acabar con aquellas organizaciones a las que achacaban la ruina de España. No obstante, llegado el momento los camisas azules tampoco pudieron mantenerse al margen de aquello que condenaban, de tal manera que a través de los documentos de archivo puede rastrearse un sinfín de actitudes levantiscas, promovidas por los propios jefes, que fueron germinando en el seno de la Falange, contraviniendo así uno de los principios exigidos a todo afiliado. Por eso, mientras el mensaje oficial insistía una y otra vez en una cosa, los gestores, ya fueran en los pueblos, provincias o en la propia estructura nacional del partido, no fueron capaces de evitar las luchas internas. Disputas como las surgidas, por ejemplo, a raíz del nombramiento del nuevo Gobernador Civil de Almería, Pérez Cordero, un «político viejo y profesional» en opinión de un Joaquín Miranda que acabó tomando partido activamente contra lo dispuesto por la superioridad (34). O como las acaecidas cuando el mando nacional interfirió en el

(33) Según estipulaba la norma para la Unificación, la organización de mayor importancia se hacía con la jefatura provincial y la segunda en relevancia, con el secretariado. Pues bien, basándose en aquella norma fue la Falange la que se hizo con la mayor parte de las jefaturas provinciales: 22 frente a tan sólo 9 controladas por los carlistas, PAYNE (1997): 432. Como empezaron a comprobar los tradicionalistas desde el momento mismo de la fusión, el dominio político de los falangistas fue el pistoletazo de salida para la absorción violenta de la que iban a ser objeto. Para el caso navarro, donde la preponderancia correspondió a la Comunión cfr. VILLANUEVA (1998). De obligada consulta, aparte de lo ya citado en notas anteriores, CANAL (2006): 325-347. Para la absorción violenta por parte de la Falange en el sur de España PAREJO FERNÁNDEZ, J.A. (2008b): 119-154 y PAREJO FERNÁNDEZ (2008c). Al respecto véase también en este mismo artículo la nota al pie número 19.

(34) A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/18.970, carta de Joaquín Miranda a López Bassa, Salamanca, 1-julio-1937. Para la polémica de Pérez Cordero cfr. RODRÍGUEZ BARREIRA (2004): 675-696;

feudo del grupo sevillano para destituir a un jefe local y nombrar a otro en su lugar sin contar con la opinión de nadie, algo contra lo que Joaquín Miranda, ya por entonces consejero nacional de FET, elevó su voz ante Raimundo Fernández Cuesta: «los que tuvimos la dicha de organizar, no ahora, en los tiempos duros para España y la Falange, la magní[fi]ca organización que en esta existía vemos con dolor que todo esfuerzo y trabajo sin descanso se derrumba de una manera rápida. La última injusticia cometida en ésta es la de sustituir al Jefe Local de Sevilla, camarada Eduardo Benjumea, camisa nueva, vieja por su espíritu, joven nationalsindicalista, honradísimo, trabajador y justo en sus actuaciones, su trabajo constante es digno sea conocido por quienes tienen la obligación ineludible de saberlo, como sois vosotros» (35).

Viendo la situación desde la perspectiva de Miranda, no cabe ninguna duda que el sevillano estaba en lo cierto: de seguir destituyendo a camaradas por el simple hecho de que no son compatibles, tal y como reconoció el propio jefe provincial (36), no estaban haciendo más que desplazar a los más capaces y dejar vía libre a los de siempre. Y es que, avisó anticipadamente Miranda (37), de continuar

del mismo autor (2006b): 1-26. Más recientemente RODRÍGUEZ BARREIRA, Ó; CAZORLA SÁNCHEZ, A. (2008): 471-502.

(35) A. G. A., P., S. G. M., Caja 51/18.970, *carta de Joaquín Miranda, Consejero Nacional de FET*, dirigida a Raimundo Fernández Cuesta, Secretario General de FET, Sevilla, 21-febrero-1938. Lleva un sello con registro de entrada n.º 2.100. Para una mejor comprensión de lo transcrito hemos corregido las numerosas faltas de ortografía y puntuación que se suceden en el texto arriba reproducido.

(36) *Ibíd.*

(37) El desastre y, por extensión, la pérdida de poder de la Falange fue evidente antes, incluso, de que acabara la guerra. Obviamente, el análisis del mismo escapa a los límites de este trabajo; no obstante, creemos necesario traer a colación un informe de la Jefatura Provincial de La Coruña, fechado en 1938, en el que se atestigua cuánto de profética tuvieron las palabras de Miranda. Dicho informe, en sus extractos más interesantes, decía así: «Punto 7.º: Adolecen en general todas las Organizaciones Locales de esta provincia, de un mismo y primordial defecto impuesto por las circunstancias y el buen espíritu de nuestros mejores camaradas, que han sabido reaccionar frente a ellas del único modo posible. Los camaradas cuyo falangismo era probado por su antigüedad y arraigo en el Movimiento se baten en estos momentos en los Frentes Lucha, por cuyo motivo resulta difícil y en muchos casos imposible solución, el problema de encontrar Jefes Locales con capacidad y estilo. Así pues, en todas las Falanges Locales se mantiene una decidida lucha no ya sólo para conservar la inspiración de los primeros tiempos, sino también para impedir a todo trance la invasión y la usurpación de los puestos de mando por las viejas oligarquías pueblerinas y caciquiles [...]. Punto 8.º [...] Esta Jefatura comenzará el próximo día 1.º de Marzo unos cursos de orientación para los Mandos del Movimiento. Seleccionados los más aptos, convivirán durante quince o veinte días en régimen de internado ascético o militar por grupos de 25. Durante este período de tiempo y de modo intensivo, escucharán y realizarán prácticas de doctrina Nacional-sindicalista (exposición auténtica e interpretación doctrina); historia y geografía Imperial o Nacional-sindicalista de España; teoría y práctica del arte menor político; Estatutos y Circulares; Código del Militante; Juramento; consignas más importantes, etc. Con ello quiere decirse que el «espíritu y capacidad de los Jefes Locales de esta Provincia» no son satisfactorios, pero aliento la seguridad de que la indicada labor de la Escuela de Mandos próxima a funcionar, dará magníficos resultados [...]». Para un análisis pormenorizado de la debacle falangista cfr. PAREJO

molestando «a los militantes antiguos» pronto verían en «los ayuntamientos y Diputación al Conde de Bustillo y sus comparsas» (38). Ahora bien, acudiendo al prisma que siempre es la Historia, las protestas vistas contra las destituciones acaecidas en la jefatura provincial de Sevilla también admiten otro punto de vista no menos interesante, en el sentido de que esa resistencia ante los ataques contra la Falange sevillana entrañaba al mismo tiempo una paradoja. Porque una de dos: o se luchaba por la Falange y ese combate pasaba en primer término por respetar el sacrosanto principio de la obediencia debida, o bien cada uno se dedicaba a luchar por aquello que mejor conviniera a sus intereses particulares o de grupo y entonces, sí, la jerarquía y el mando podían dejarse para mejor ocasión.

Es más, siguiendo de cerca la trayectoria de Miranda, su ascenso político hasta convertirse en un falangista de cierta importancia dentro del Partido Único y teniendo en cuenta cómo intervenía allí donde los intereses de la Falange estuvieran amenazados (39), aún sorprende —si no tenemos nada de lo anterior en cuenta— que él mismo acabara participando en esa red de crítica y resistencia política sin fin que acabó siendo FET de las JONS (40); que acabara enfrentándose a quien, en los ya por entonces lejanos días de fines de 1933, confiara en él para organizar la Falange sevillana. Los dos, Sancho Dávila y Joaquín Miranda, se habían embarcado desde el principio en una misma empresa: fundar la Falange en las tierras del Sur. Por aquel empeño se vieron envueltos en mil y un problemas; durante aquella travesía fueron multados, estuvieron presentes en los cierres gubernativos, experimentaron los encarcelamientos que jalonaron toda la etapa republicana de la Organización, acudieron a los entierros de sus camaradas caídos. Un viaje que, llegada la guerra, les llevaría a desempeñar papeles importantes dentro de una Falange que, antes de cumplirse el primer año de guerra, se había convertido en el partido único del bando sublevado. Pero dos antiguos camaradas que, a causa también de esa guerra, devinieron en opositores políticos y, por extensión, en dos falangistas de tantos que acabaron viéndose envueltos en unas banderías que, sin preverlo, les llevaron a

FERNÁNDEZ (2008b) capítulos IV y V. Esta misma temática ha sido también tratada en extenso en otros trabajos ya citados sobre la Falange, con la salvedad de que muchas de las conclusiones publicadas deberán ser necesariamente revisadas al haber sido extraídos de unos análisis parciales en cuanto a cronología histórica se refiere. Y es que no se extrae la misma conclusión cuando la caída de la Falange comienza a estudiarse desde los momentos en los que más vigorosa está la organización, que cuando se hace arrancando en 1938, 1939 o 1940. En cualquier caso, se inicien antes o después los estudios, una cuestión es evidente: en 1940, en la época dorada de los fascismos y cuando se hablaba de un Orden Nuevo en Europa, la Falange se encontraba en una ruina total. Para la misma acúdase a los trabajos locales o regionales sobre FE/FET de la JONS citados en notas anteriores.

(38) *Ibidem*.

(39) No hacemos distinción aquí entre Falange y Partido Único/FET de las JONS dado que pasados los primeros meses desde la Unificación muchos falangistas, incluido el propio Miranda, acabaron identificando a FET de las JONS con la Falange. Para mayor detalle acúdase a la nota al pie 19.

(40) Cfr. PAREJO FERNÁNDEZ (2008b): capítulos IV y V.

traspasar el limes fronterizo, tras el cual ya no hubo forma de volver atrás. Y es que en aquella disputa acabó retratándose uno de los grandes males, junto con otros muchos ajenos a este trabajo, que acabarían sumiendo a la Falange en la más absoluta de las derrotas.

La documentación muestra nítidamente hasta qué punto se abrió la fractura entre aquellos dos amigos; y lo hace, en primer lugar, a través de la opuesta trayectoria que ambos siguieron desde que diera comienzo la guerra. Uno, Joaquín Miranda, convertido en Jefe Local de la Falange hispalense en ausencia del fundador; el otro, alejado de Sevilla desde antes de la guerra; uno, el que se había quedado en la capital sevillana, siendo entrevistado en la prensa y apareciendo como el primero de todos los falangistas sevillanos y Dávila tardando más de dos meses en reincorporarse a la zona del bando sublevado; uno asentando su poder día tras día en la provincia y el otro convirtiéndose en una de las piezas fundamentales de aquella facción *legitimista* que acabaría enfrentándose a Manuel Hedilla; uno subiendo peldaños como jerarca provincial de la Falange hasta convertirse en miembro del Secretariado Político de FET y luego en Consejero Nacional, y el otro queriendo recuperar su antigua ascendencia sobre la Falange Territorial de Andalucía, de tal manera que si acudimos a las fotografías que se tomaron durante aquellos viajes podremos verlo visitando los frentes de batalla, departiendo con los falangistas de la primera línea, desfilando por las calles de los pueblos en medio de un gentío enorme, e incluso siendo objeto —Sancho Dávila— del típico culto al líder fascista con el que dar a conocer por todo el Sur su figura como fundador y hombre fuerte de la Falange andaluza (41).

Por eso, cuando llegó el momento de dilucidar qué tipo de estructura organizativa debía seguir la nueva Falange salida de la Unificación, si una organizada según las antiguas jefaturas territoriales de los tiempos de José Antonio u otra nueva alrededor de las jefaturas provinciales querida por tantos mandos de segunda fila y en donde los antiguos jefes territoriales ya no tuvieran la ascendencia del pasado, no es de extrañar que los dos antiguos amigos acabaran situándose en posiciones opuestas y, por consiguiente, enfrentadas. Así, el detonante de aquella disputa en Andalucía (en la que una vez más vemos a Miranda tomando parte activa) sobrevino cuando Sancho Dávila, por aquel entonces nombrado Delegado Inspector de la región, dictó una orden conducente a recuperar su poder perdido y con la que, sin embargo, acabó poniendo en pie de guerra a todos los jefes provinciales andaluces; los cuales, según Miranda, no estaban dispuestos a permitir la vuelta a la situación anterior al 18 de julio. Por supuesto, los argumentos que se utilizaron fueron más sutiles que el fondo de una disputa como ésta; no obstante, dejemos que sea otra vez Miranda quien tome las riendas de la defensa:

Con una razón que aplasta, los jefes provinciales dicen que esto no lo toleran más. Yo te digo, si España la dividimos en varios territorios y éstos se los entrega-

(41) Cfr. PAREJO FERNÁNDEZ (2008a): apéndice fotográfico.

mos a Delegados como éste, no tendremos necesidad de Jefes Provinciales ni de Secretariado Político. Esto es gana de salirse de su misión, los Delegados sólo se deben ocupar de la inspección, no dar órdenes, para eso está el Secretariado por mediación de los Jefes Provinciales.

Si esto no se corta sería un vicio que luego es difícil de cortar, mas ellos se toman solos una autoridad que no tienen empezando a chocar con los Jefes Provinciales, que son los únicos responsables de la Provincia que se les encomienda (42).

¿Qué decían aquellas órdenes? ¿Tan grave y disparatado era lo recogido en aquel escrito como para que los jefes provinciales con Miranda a la cabeza se plantaran y dijeran que no estaban dispuestos a continuar por aquel camino? ¿Qué principio ideológico estaba en el aire? Con el problema de los ferroviarios o con la cuestión de la pérdida de influencia en las milicias de Falange la cuestión estaba clara; pero en esto, ¿en qué estaba atentando Dávila a los postulados de la organización? Son cuestiones, permítasenos, de suma importancia si el asunto lo analizamos desde la pureza ideológica del falangismo, aunque baladís si se tiene presente que en esta ocasión no era el contenido de aquella orden lo que preocupaba a los jefes de provincias, sino el trasfondo de la misma. Porque, probablemente, cualquiera de ellos habría suscrito buena parte de lo que exigía Dávila acerca de la integración, el caudillaje, la frivolidad de la retaguardia, el trabajo, las depuraciones o el emboscamiento; casi todo, acabamos de decir, menos adherirse a aquel punto que hacía referencia a la apetencia de cargos y cuya parte fundamental aparecía subrayada en la copia de la circular que Joaquín Miranda adjuntó en su escrito de protesta: «quien apetece un cargo lo desempeñará mal. Quien lo defiende, seguramente lo ha ejercido mal» (43).

Ésa era la cuestión: lo que en aquella época estaba en juego era el poder que ciertos falangistas, que nunca antes habían tenido la relevancia que alcanzara Dávila durante la República, habían conquistado a raíz del 18 de julio y que por razones obvias se negaban a perder ante sus antiguos jefes. Fue así como la Falange, totalitaria y con una estructura de mando establecida por José Antonio y a la que todos debían obediencia, acabó dotándose, sin embargo, de un organigrama lo suficientemente descentralizado, utilizando un término de nuestros días, como para que jerarcas como Joaquín Miranda, segundones desde el principio, pudieran alcanzar la relevancia política que de hecho acabaron obteniendo a partir del 18 de julio. Y es que a más jefaturas provinciales, mayores posibilidades de prosperar en el partido.

De modo que en luchas partidarias como ésta, en ataques como los lanzados contra el antiguo jefe, en pulsos como el mantenido por aquellos jefes provin-

(42) A.G.A., P., S.G.M., Caja 51/18.970, Escrito de Joaquín Miranda, Vocal del Secretariado Político, dirigido al Secretario de dicho organismo, fechado en Salamanca el 10-agosto-1937, registro de entrada n.º 2.999.

(43) Lo citado aparece subrayado en el original; una copia de éste iba adjunta al escrito que Joaquín Miranda presentó ante el Secretariado Político de FET, *ibídem*.

ciales —en absoluto dispuestos a seguir tolerando las interferencias del líder retornado—, en hipótesis como las sostenidas en este trabajo es donde debemos rastrear una parte de los males que acabarían conduciéndola al abismo. Aquella derrota, la pérdida de poder, el análisis de por qué la nueva organización surgida de la Unificación acabó cayendo justo cuando ya pocos podían hacerles frente políticamente pertenece, sin duda alguna, a otro trabajo. No obstante, y antes de dar por concluido éste, es necesario resaltar la cara opuesta de aquello que tantas veces se ha narrado, someter a la consideración de la historia las rivalidades internas que surgieron entre unos falangistas deseosos de copar las parcelas de poder que había dejado libres el general Franco. O, dicho de otro modo, retratando a estas alturas la importancia de lo sucedido en Salamanca durante aquel mes de abril de 1937 para el bando sublevado, en particular, y para la España en guerra, en general no estaríamos sino descubriendo el Mediterráneo. El control de FE de las JONS por parte de Franco, la defenestración de los falangistas más molestos, la coerción de otros, la domesticación —en definitiva— de la antaño Falange de José Antonio, todo esto se conoce desde hace décadas. Ahora bien, trabajando desde abajo y desde el detalle aún es posible hallar nuevas líneas de enfoque con las que completar una historia aún inconclusa.

Porque, si bien, no cabe dudar como ya hemos referido aquí del poder militar en el bando sublevado y de su capacidad para someter a un conglomerado de opositores a la República sumamente heterogéneo tanto en sus posiciones políticas como en sus aspiraciones de cara al nuevo régimen que estaba por venir, tampoco cabe hacerlo de la importancia que para el futuro de FE/FET de las JONS, tuvo cuanto hemos visto en estas páginas. Así, para el Caudillo el hacerse con el control de esa Falange fue de suma conveniencia para sus intereses; pero, en nuestra opinión, no menos importante para el porvenir de los falangistas fue el hecho de que sus mandos aparecieran desunidos justo en el momento más decisivo de toda su historia, justo cuando el punto de inflexión que tanto habían esperado en su carrera por conquistar el poder estuvo frente a ellos.

A lo largo de estas páginas hemos avanzado al lado de Sancho Dávila y Joaquín Miranda, con ellos hemos asistido a la transformación de la Falange andaluza en una organización de suma importancia para el bando sublevado, con ellos también recuperamos los miedos, las desesperanzas, los derrotismos y, por supuesto, junto a esa historia retornaron las resistencias opuestas ante una caída que muchos creyeron inminente. Los más pesimistas se equivocaron: la Falange perdería su poder, pero no al poco de la Unificación, sino más adelante. Mientras aquello ocurrió, algunos, como Miranda, lo vieron claro: en aquellas horas estuvieron jugándose el destino de la organización. Fueron unos momentos de una complejidad política enorme y, sin embargo, hay algo claro en toda esta historia: por mucho que todo fuera de esa manera, también lo fue el hecho de que aquellos jerarcas, con sus dudas, sus miedos y, sobre todo, con sus luchas intestinas no estuvieron a la altura de las circunstancias.

Años antes de cuanto acabamos de ver, el 14 de febrero de 1926, se celebró en la ciudad Alemana de Bamberg, a instancias de Hitler, una reunión que acabaría marcando un antes y un después en la historia del partido (44). Según Rudolf Hess, en aquella convocatoria, a la que asistieron unos sesenta dirigentes del partido, quedó fijado el concepto de *führerprinzip* por el que Hitler se aseguró el dominio sobre el movimiento nazi: «autoridad incondicional hacia abajo y responsabilidad hacia arriba» (45). Sin embargo, en la práctica, lo que ocurrió es que aquellos «führers menores» siguieron luchando entre ellos, convirtiéndose, así, al hasta entonces contestado líder en el árbitro final de las disputas surgidas entre los altos mandos del nacionalsocialismo alemán. En el caso de la Falange sucedió algo parecido, con la diferencia de que los jerarcas nacionalsindicalistas (secretarios generales, jefes territoriales, jefes provinciales y jefes locales), con sus polémicas internas propias de todo fascismo histórico acabaron facilitándole a Franco, Jefe Nacional de FET y Caudillo de la España sublevada, la domesticación de la Falange.

4. BIBLIOGRAFÍA

- CALZADO ALDARIA, A. y TORRES FABRA, R.C. (1993): «La formación de un poder omnímodo: la Falange en la Ribera Baixa (1939-1945)», en TUSELL, J. y otros (editores), *El régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*, Madrid, UNED, pp. 29-40.
- CANAL, J. (2006): *Banderas blancas, boinas rojas. Una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons.
- CAZORLA SÁNCHEZ, A. (2000): *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado Franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons.
- CENARRO LAGUNAS, A. (1997): *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- CLARA, J. (1999): *El partit únic. La Falange i el Movimiento a Girona (1935-1977)*, Girona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials.
- COBO ROMERO, F. (2004): *Revolución campesina y contrarrevolución franquista en Andalucía*, Granada, Universidad de Granada y Universidad de Córdoba.
- COBO ROMERO, F., ORTEGA LÓPEZ, T.M. (2005): *Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al Régimen Franquista, 1936-1950*, Granada, Universidad.
- ELIADE, M. (2001): *Diario portugués*, Barcelona, Editorial Kairós.
- DEL ARCO, M.A. (2007): *Hambre de siglos. Mundo rural y apoyos sociales del primer franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Editorial Comares.

(44) Cfr. KERSHAW (1999): 283.

(45) Todo lo contrario, como es sabido, al sistema democrático, donde la autoridad emana directamente de la soberanía popular y donde la responsabilidad desciende estrictamente de arriba abajo. Para las palabras entrecomilladas de Hess cfr. KERSHAW (1999): 299.

- (2007): «Hombres Nuevos. El personal político del primer franquismo en el mundo rural del sureste español (1936-1951)», en *Ayer*, n.º 65, pp. 237-267.
- DÍAZ NIEVA, J., URIBE LACALLE, E. (2005): *El yugo y las letras. Bibliografía de, desde y sobre el nacionalsindicalismo*, Madrid, Ediciones Reconquista.
- GALLEGO, F. (2005): *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis.
- GARCÍA RAMOS, D. (2005): *Instituciones palentinas durante el primer franquismo*, Palencia, Diputación.
- GIL PECHARROMÁN, J. (1996): *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy.
- GOEBBELS, J. (2006): *Journal, 1923-1933*, París, Tallandier.
- GONZÁLEZ MADRID, D.A. (2004): *La Falange Manchega (1939-1945). Política y sociedad en Ciudad Real durante la etapa «azul» del Primer Franquismo*, Ciudad Real, Diputación.
- GUERRA PALMERO, R.A. (2003): «FET y de las JONS en Canarias en la década de 1940. Primera aproximación», en *Hispania Nova*, n.º 3.
- KERSHAW, I. (1999): *Hitler, 1889-1936*, Barcelona, Península.
- LAZO, A. (1998): *Retrato de fascismo rural en Sevilla*, Sevilla, Universidad.
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, P. y BAZ VICENTE, M.J. (2008): «Una aproximación a Falange en la provincia de Lugo (1936-1942)», en AXEITOS AGRELO, X.L.; GRANDÍO SEOANE, E.; VILLARES, R. (Eds.): *A patria enteira. Homenaxe a Xosé Ramón Barreiro Fernández*, Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, pp. 195-219.
- LÓPEZ VILLATORO, F. (2003): *Los inicios del franquismo en Córdoba. FET de las JONS*, Córdoba, Ayuntamiento-Universidad.
- MARÍN, M. (1992): «FET y de las JONS a Sabadell, 1939-1945: els primers temps», en *L'Avenç*, n.º 157, pp. 32-39.
- NÚÑEZ SEIXAS, X.M. (1993): «La Falange en los años treinta. El fascismo en Galicia. El caso de Orense (1931-1936)», en *Historia y Fuente Oral*, n.º 10, pp. 143-174.
- ORTEGA LÓPEZ, T.M. (2006): «Se hace camino al andar. Balance historiográfico y nuevas propuestas de investigación sobre la dictadura franquista», en *Ayer*, n.º 63, pp. 259-278.
- PAREJO FERNÁNDEZ, J.A. (2008a): *Señoritos, Jornaleros y Falangistas*, Sevilla, Bosque de Palabras.
- (2008b): *Las piezas perdidas de la Falange: el Sur de España*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- (2008c): «Falangistas y requetés. Historia de una absorción violenta», en *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de Historia Contemporánea*, Murcia, Ediciones de la Universidad de Murcia.
- PAYNE, S.G. (1997): *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta.
- PERE CORNELLÀ, J.C. (1986): «Falange Española a les comarques gironines», en *Plecs d'Historia Local, L'Avenç*, n.º 186, pp. 22-27.
- QUIROSA CHEYROUZE Y MUÑOZ, R. (1998): *Católicos, monárquicos y fascistas en Almería durante la Segunda República*, Almería, Universidad, Instituto de Estudios Almerienses.

- RIVERO, M.C. (2001): *Política y sociedad en La Rioja durante el Primer Franquismo (1936-1945)*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- RODRÍGUEZ BARREIRA, O. (2006a): «La historia local y social del franquismo en la democracia, 1976-2003. Datos para una reflexión», en *Historia Social*, n.º 56, pp. 153-176.
- (2006b): «Los poderes locales y el Nuevo Estado franquista: persistencia del caciquismo y nuevas lógicas de dominio. Berja (1939-1940)», en *Farua*, n.º 9, pp. 1-26.
- RODRÍGUEZ BARREIRA, Ó; CAZORLA SÁNCHEZ, A. (2008): «Hoy Azaña, mañana... Franco. Una microhistoria de caciquismo en democracia y dictadura. Berja (Almería), 1931-1945», en *Hispania. Revista Española de Historia*, n.º 229, pp. 471-502.
- (2004): «¿Católicos, monárquicos, fascistas, militares?: la lucha entre FET-JONS y el gobierno civil en Almería», en NAVAJAS ZUBELDIA, C.: *Actas del IV Simposio de Historia Actual*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, vol. 2, pp. 675-696.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L. (2000): *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial.
- SANZ ALBEROLA, D. (1999): *La implantación del franquismo en Alicante. El papel del Gobierno Civil (1939-1946)*, Alicante, Universidad de Alicante.
- SANZ HOYA, J. (2003): *El Primer Franquismo en Cantabria. Falange, instituciones y personal político (1937-1951)*, Santander, Universidad de Cantabria.
- (2006): *De la resistencia a la reacción. Las derechas frente a la Segunda República (Cantabria, 1931-1936)*, Santander, Universidad de Cantabria.
- (2008): «Camarada Gobernador. Falange y los gobiernos civiles durante el Primer Franquismo», en *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. Actas del IX Congreso de Historia Contemporánea*, Murcia, Ediciones de la Universidad de Murcia.
- SEBASTIÁN, MIHAIL (2003): *Diario (1935-1944)*, Madrid, Destino.
- SEVILLANO CALERO, F. (2001): «La historia contemporánea en España: viejas polémicas y nuevos enfoques historiográficos», en *Ayer*, n.º 43, pp. 225-244.
- SOUTO, M^a.J. (1999): *Los apoyos al Régimen Franquista en la provincia de Lugo*, La Coruña, Ediciós do Castro.
- THOMÀS, J.M. (1994): «Feixisme a la perifèria: la Falange mediterrània (1933-1936)», en *L'Avenç*, n.º 186, pp. 34-37.
- (1999): *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza & Janés.
- (2001): *La Falange de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés.
- (2008): «Los estudios sobre las Falanges (FE de las JONS y FET de las JONS): revisión historiográfica y perspectivas», en *Ayer*, n.º 71, pp. 293-318.
- *Falange, guerra civil, franquisme. FET y de las JONS de Barcelona en el primers anys del Règim franquista*, Barcelona, Publicacions de la Abadía de Monserrat.
- VEIGA, F. (1989): *La mística del ultranacionalismo. Historia de la Guardia de Hierro. Rumanía, 1919-1941*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.
- VILLANUEVA, A. (1998): *El carlismo navarro durante el primer franquismo (1937-1951)*, Madrid, Actas Editorial.